

El horror lejos de casa

Pablo Márquez



Poemas encontrados lejos de Islandia (2019), de Roberto López Belloso (Maldonado, 1969), reciente ganador del Premio Bartolomé Hidalgo de Poesía 2020, poco y todo tiene que ver con el país nórdico. En principio, como reza su subtítulo, es «Un cuaderno de los Balcanes», es decir, un itinerario poético por esa región del mundo con vasta y triste experiencia en conflictos bélicos y su largo menú de horrores. El poemario está organizado en tres secciones (*Prólogo en tres movimientos*, una parte central que agrupa el grueso de los textos, un *Epílogo* también tripartito), a las que se suman unas *Notas innecesarias* que echan luz, no obstante, sobre distintos aspectos de la geografía y la historia balcánica. Es de destacar que la presente edición es una versión corregida y aumentada de *Lejos de Islandia*, que fue galardonado con el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Alajuela (Costa Rica, 2007). Este libro propone una mirada, si se quiere, inusitada, puesto que las guerras (sí, en plural) que han tenido lugar en *Stara Planina* («las viejas montañas», en serbio) no son presentadas en su contingencia más inmediata y brutal, sino en sus indelebles huellas y cicatrices. En un viaje a través de las palabras van sucediéndose los escenarios de Dubrovnik, Mostar, Sarajevo, Srebrenica, el *campo de los mirlos*, nombres que hablan de un presente diverso, multicultural, de tensa calma, que asoma «entre los muñones de piedra que dejó la guerra» («Mostar», p. 27), como el palimpsesto de un pasado violento.

Si el poeta es aquel que capta *la eternidad del instante*, López Belloso cumple, en ese sentido, a cabalidad con esa máxima baudelairiana: «Otra vez el canto del muecín / desde el minarete blanco» («Mostar», p. 27); «el agua de la fuente dibuja cinco arcos delgados / de imperfecta geometría / en su interior / se refrescan las bebidas» («Travnik», p. 37). Las seguridades y doctrinas que alimentan simples convicciones o necios fanatismos parecen debilitarse en el paisaje, en la arquitectura y los objetos que hablan de los seres humanos casi tanto como sus gestos: «Parecía tan sólida la pared anaranjada de la celda del derviche / el movimiento en arco de las líneas / plisadas / de la túnica / parecía protegerla más de lo necesario / pero el reflejo de la duda / con la ayuda de la hora / y de las leyes de la óptica / deshace lo sólido y se hunde / en el naranja hipnótico» («Mostar II», p. 29). Aun así, hay tiempo para la contemplación eróticamente piadosa de una novicia, «en jueves santo», cuando esta, «eco lejano de la marca- / ofrece lo sagrado / en las piletas comunales / cuando endereza el cuerpo / con un golpe de cuello hacia lo alto» («Samaritan girl», p. 21). En ocasiones se insiste en el vocablo *marca*, significante que remite a múltiples grados de significación, incluso históricamente rastreables: marca como cicatriz, marca como límite extremo de un territorio en disputa entre imperios, como señal de un pasado (lejano y reciente) que amenaza con sus eternos retornos. La insinuada matanza de un tiempo se entremezcla con la carnicería de otro y el testimonio de los sobrevivientes rompe, en su sutileza, con la quietud del embalse de Perucac como una piedra que cae en la sensibilidad del lector que se encuentra tan lejos de Visegrád: «Los congelados pandur de francisco fernando / reciben tardía compañía / sólo se escucha el chasquido / de los cuerpos que caen / magnetizados por la muerte / “reconocí a quien los mandaba” / dice zehera / “nos sentábamos juntos/ en el banco de la escuela”» («Visegrád», p. 35). Y de la misma manera que se entrecruzan los tiempos, también lo hacen los espacios y los nombres, las cotidianas permanencias y tragedias sin importar, en apariencia, la latitud en la que se produzcan: «Lejos del libro violeta y del libro blanco / de mi poeta de cabecera / lejos de Sipán / de lambayeque / de Chiclayo / de puerto maldonado y del río en que mataron a javier Heraud / con balas de cacería» («Sarajevo», p. 39).

Serbia, Croacia, Bosnia, Montenegro son, en cierta medida, símbolos de la tragedia humana en un sentido medieval, es decir, la imagen que habla del ahora a la vez que nos conecta con un significado trascendente. Una misma entidad nacional es víctima y culpable del espanto, no importa desde qué parámetro temporal se

lea esto: «Con su culpa y su inocencia / serbia mastica sus fantasmas»; «el ataúd de plata de lazar / la hoja asesina del puñal de radován»; «recuerda el miedo / que provocó y le provocaron / como luces trazadoras / en el cielo de Belgrado» («Serbia 1999», p. 55).

Visto de esta manera es que la Islandia del título, del prólogo y el epílogo, la «desbordada ínsula», «la islandia prometida» («Perspectiva III», p. 71), adquiere sentido en su soledad y lejanía, en la necesaria perspectiva. En este punto es prácticamente ineludible la evocación de «Islandia» del poeta venezolano Eugenio Montejo (1938- 2008), con el que el poemario de López Belloso parece dialogar, de la misma forma que traba su discurso con los puñetazos líricos de Pankirt, *Los hijos bastardos*, primera banda punk de Eslovenia y del Telón de Acero. Islandia se constituye, pues, en una Ítaca hacia la que se deriva junto a la mujer y al niño, el sitio del deseo de la tan ansiada paz y equilibrio: «Sólo islandia parece haber salvado el inclinado plano y la lluvia» («Epílogo II», p. 74). El lugar imaginado hacia donde deberíamos tender en la búsqueda de redención y de justicia.

Roberto López Belloso. *Poemas encontrados lejos de Islandia. (Un cuaderno de los Balcanes)*. (2019). Montevideo: Civiles Ilustrados. 82 páginas.